

MEGAN MAXWELL

EL PROYECTO
DE MI VIDA



El proyecto de mi vida

Megan Maxwell

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Evgeny Atamanenko - Shutterstock y © Dorling Kindersley - Getty Images

© Fotografía de la autora: Nines Mínguez

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19028-8

Depósito legal: B. 10.354-2018

Composición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1



Chicago, 25 de diciembre de 1986

Un grito agónico cortó el aire en el humilde barrio de Englewood.

Desirée López estaba de parto, y cada segundo que pasaba éste se complicaba por la llegada de dos bebés.

Durante horas, acompañada por Gina, su amiga y compañera de trabajo, y por una mujer que hacía las veces de matrona, Desirée dio a luz sufriendo lo indecible, hasta que por fin dos pequeñas niñas llegaron al mundo llorando a todo rabiar.

Gina observó a las chiquitinas con gesto de ternura. Aquellas dos muñequitas eran las niñas más pequeñas, lindas y dulces que había visto en la vida.

—Son preciosas, Desirée —murmuró tras dejar a una de ellas sobre el colchón—. Tus mellizas son preciosas.

La madre las miró. No eran sus primeras hijas. Anteriormente había tenido un varón que murió a los pocos días de nacer; suspirando siseó:

—¡Demasiado pequeñas!

Gina volvió a mirar a las criaturas: sus dulces rostros, sus morritos chiquititos, todo en ellas era maravilloso; entonces la mujer que estaba terminando de atender a Desirée indicó:

—He visto que una de las niñas tiene el pie derecho equinovaro.

Al oír eso, Gina volvió a mirar a las pequeñas y, cuando vio el piecico de una de ellas torcido hacia dentro, preguntó:

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

Mientras terminaba de coser a la madre, la partera explicó:

—El pie equinovaro, o zambo, es una deformidad congénita. Deberías llevarla lo antes posible a un hospital para que se lo miren. En ocasiones es de fácil solución.

Desirée resopló molesta —«¡Jodida niña!»—, y respondió con gesto hosco:

—No hay dinero.

Con toda rapidez, Gina la miró y murmuró:

—Desirée, ¡no digas eso! Yo puedo prestarte lo que tengo, no es mucho, pero...

—He dicho que no —sentenció.

La partera y Gina intercambiaron una mirada. Estaba visto que el instinto maternal de aquélla brillaba por su ausencia.

—Cuanto antes le miren el pie a la pequeña —añadió la mujer—, habrá más probabilidades de obtener buenos resultados. Si no haces nada, esa niña crecerá y no le quedará más remedio que caminar apoyando la cara externa del pie, no la planta.

Desirée no dijo nada, y la partera insistió:

—Si la ve un buen especialista le colocará varios yesos correctivos. Sus huesecitos elásticos aún pueden modelarse, y con un tratamiento progresivo y posteriormente unas botitas ortopédicas hasta que tenga unos cuatro o cinco añitos, su pie puede ser prácticamente normal.

Gina tomó nota mental de todo lo que la mujer decía. Si Desirée no hacía nada por la niña, ni su padre tampoco, lo haría ella. No iba a permitir que esa criatura tuviera una mala vida por culpa de sus progenitores.

En silencio, la matrona terminó el trabajo para el que había sido contratada. Luego, Gina le entregó el dinero estipulado y aquélla, sacándose una tarjeta de la cartera, se la mostró a una callada Desirée.

—Ve a esta dirección —le dijo—. Ahí te ayudarán con la crianza de las pequeñas.

Desirée no cogió la tarjeta, pero Gina sí, y cuando la mujer se marchó, la madre de las pequeñas pidió, dirigiéndose a su amiga:

—Acércame el teléfono.

Gina hizo lo que le pedía, y cuando aquélla comenzó a marcar los números, murmuró sentándose junto a las pequeñitas, que dormían:

—Tranquilas, que la tía Gina está aquí para cuidaros.

Desirée, que apenas si había prestado atención a los bebés que horas antes estaban en su vientre, miraba al frente con gesto hosco cuando oyó la voz de un hombre al otro lado del teléfono, y dijo:

—Tus hijas ya están aquí. Quiero mi dinero.

Branon Sivon, un famoso y adinerado hombre de negocios, dueño de Sivon & Cardigan, el mayor bufete de abogados de Nueva York y Chicago, preguntó sorprendido al oírla:

—¿Hijas?!

Desirée resopló. La primera sorprendida en aquel doble nacimiento había sido ella.

—Sí —afirmó—. Han sido dos. Quiero el doble de lo pactado.

Branon comenzó a sudar.

Cuando se había enterado de que la prostituta con la que se veía siempre que iba a Chicago estaba embarazada de él, vio una manera de tener su propio hijo, pero ahora, pensando en la última conversación que había mantenido con su complicada mujer, susurró, aún sorprendido:

—¿Dos niñas?

Desirée miró a su amiga Gina, que con gesto de dulzura contemplaba a las niñas, y respondió:

—Sí, dos. ¿Estás tonto o sordo?

Branon suspiró. Desirée, aquella mujer latina, era buena y ardiente en la cama, pero como persona dejaba mucho que desear. Entonces, reponiéndose de la sorpresa inicial, le aseguró antes de colgar:

—Te llamaré en las próximas horas.

Una vez que hubo dicho eso, Desirée oyó cómo él cortaba la comunicación y, enfadada, bramó al colgar el teléfono:

—¡Maldito hijo de perra adinerado! Como me deje colgada con las mocosas, lo mato.

Gina, que había escuchado la conversación en silencio, se levantó de donde estaba, se sentó en la cama de su amiga y dijo mirándola:

—Desirée, son tus hijas.

Furiosa, ella se retiró el pelo de la cara y siseó:

—Yo no quería tenerlas y... ¡menos dos!

—Desirée...

La aludida resopló dolorida y, recordando el trato que había hecho con aquel hombre, indicó:

—Si he llevado el embarazo a término es por el dinero que esos ricachones me van a pagar. Y espero que, al ser dos niñas, sea el doble.

Apenada, Gina miró a las pequeñas, que dormían plácidamente a escasos centímetros, y con el corazón roto por la frialdad que su amiga mostraba, insistió:

—¿De verdad quieres que se las lleven?

Desirée asintió. Su vida en el prostíbulo era incompatible con la maternidad.

—Sí —afirmó—. No quiero cargas.

—Pero, Desirée...

—Gina —la cortó ella—. ¿Cómo puedes siquiera plantear que me quede con esas mocosas?

—Porque son tus hijas.

Ella sonrió con amargura. La dramática pérdida de su primer hijo la había dejado sin sentimientos; movió la cabeza e iba a responder cuando Gina prosiguió:

—Estas niñas son carne de tu carne, y si tú quisieras...

—Pero no quiero —sentenció Desirée.

Dicho eso, se tumbó en la cama y se arropó con la manta. Estaba agotada y dolorida, por lo que, mirando a su amiga, dijo:

—Y ahora, si quieres ayudarme, ocúpate de ellas mientras yo descanso.

Gina no dijo más.

La frialdad de Desirée con todo el mundo en ocasiones era exasperante.

Por lo que sabía de ella, su vida no había sido fácil. Madre alcohólica, padre drogadicto y, necesitada de un techo, a los dieciocho años comenzó a trabajar en un prostíbulo del que nunca había conseguido salir.

Cuando aquélla cerró los ojos, Gina se ocupó de las pequeñas. Eran tan bonitas... Y, dándoles el amor que se merecían, las cuidó y las mimó como si de sus propias hijas se tratara.

Capítulo 2



Atlanta, 25 de diciembre de 1986

Branon Sivon resopló tras colgar el teléfono.

Saber que había nacido el bebé lo alegraba, lo llenaba de satisfacción, pero el contrato firmado con su complicada mujer meses atrás sólo incluía un hijo, y habían nacido dos niñas. ¡Dos!

¿Cómo se lo iba a tomar Adele?

Branon siempre había querido ser padre. Tener sus propios hijos con los que compartir el fruto del trabajo de su abuelo, de su padre y ahora de él era su gran meta.

Llevaba casado con Adele Cardigan la friolera de veinte años. Un matrimonio que él había comenzado con esperanza y amor, pero que con el paso del tiempo lo había decepcionado, a pesar de lo enamorado que había estado de Adele. La insatisfecha Adele.

En un principio, ella se había negado a casarse. Estaba enamorada de un guapo abogado llamado Steven, al que le gustaba el dinero más que ella. Para Steven, casarse con la rica heredera de los Cardigan era su gran ambición.

Pero, tras el segundo aborto provocado por la joven para evitar el escándalo social, sus padres le dieron un ultimátum: o se casaba con el rico heredero Branon Sivon, se olvidaba del tal Steven y cambiaba su actitud ante la vida, o la desheredaban.

Branon y Adele se reunieron en privado para hablar. Él estaba colado por ella desde que la había visto en una fiesta que sus padres habían organizado dos años antes. Era preciosa. Maravillosa. Era verla y sentir que todo él temblaba de emoción, por lo que, deseoso de conseguir que con el paso del tiempo ella se enamorara de él, hizo un trato con la joven. Si, pasados dos años, entre ellos no surgía algo especial, le concedería el divorcio.

Adele lo pensó. Ella quería ser la mujer de Steven Whitaker, no

de Branon Sivon, pero cuando lo habló con su ambicioso amante, éste, al ver que si la desheredaban de nada le serviría estar con ella, la animó a contraer matrimonio con aquél. Una vez casados se divorciarían y ella se llevaría su parte. Adele aceptó. Lo que dijera Steven era lo que valía.

Pero los padres de los muchachos, que eran perros viejos, diez minutos antes del enlace en la catedral de San Patricio, en la Quinta Avenida, los reunieron en la sacristía y les hicieron firmar un documento en el que quedaba claro que un divorcio entre ellos supondría la pérdida inmediata del bufete Sivon&Cardigan, y éste pasaría a manos de una sociedad. Adele y Branon se vieron acorralados por sus progenitores y, apurados por el momento, el desconcierto y la incertidumbre, lo firmaron. No quedaba otra.

Y así fue como Sivon&Cardigan, gracias al trabajo y la constancia de Branon, se convirtió en el bufete de abogados más reputado de Nueva York, en el que todo el mundo quería trabajar o ser representado.

Durante años, la historia de su mujer con Steven Whitaker lo volvió loco. Él quería a Adele, la amaba, pero por más que intentaba demostrárselo, era inútil. Ella ni lo miraba.

Branon sufría por lo que sabía, algo que Steven y Adele escondían a ojos del mundo. Nadie estaba al corriente. Nadie lo sospechaba siquiera. Pero, después de pillarlos en varias ocasiones en su propia casa en actitud más que cariñosa, una tarde perdió la paciencia y se lanzó contra el maldito Whitaker.

Ese acto le salió caro a Branon Sivon.

Steven Whitaker, un hombre ambicioso y sin sentimientos, para mantener en silencio el nombre de quien le había puesto el ojo morado, decidió chantajearlo. Si no le pagaba una cantidad de dinero indecente, todo Nueva York sabría de su lío con la inestable Adele.

Sin dudarlo, Branon pagó. Y lo hizo, más que por su propio beneficio, por el de su mujer, puesto que aquello la habría hundido.

¿Cómo podía estar Adele tan enamorada de aquel sinvergüenza?

Branon intentó razonar con ella durante años, hablar, dialogar, pero de nada le sirvió. Su mujer estaba totalmente engancha-

da a aquel tipo y a unos vicios nada sanos. Después, en vista de que nada podía hacer, Branon finalmente se hizo a un lado y lo dio por imposible. Y, como necesitaba desahogarse con alguien más, además de su buen amigo Manuel, comenzó a escribir sus sentimientos en un cuaderno.

Estoy perdido, pero también estoy dispuesto a encontrarme.

Adele, la mujer a la que amo, no me quiere, ni me necesita. Su amor, sus sonrisas, sus caricias son para el sinvergüenza de Steven Whitaker, un hombre codicioso que sólo la utiliza en su propio beneficio y que estoy seguro de que el día que no la necesite la echará de su lado como el que echa un papel a la basura.

A Branon lo ayudaba escribir en soledad. Lo ayudaba a asumir que él había perdido aquella partida con su mujer y Steven había ganado.

Con el paso de los años, Adele y él aprendieron a convivir sin molestarse, aunque de vez en cuando se encontraban sin ninguna pasión en la cama. No obstante, había algo que no dejaba vivir a Branon. Él deseaba tener hijos, unos hijos a los que querer, mimar y cuidar. Algo en lo que Adele no estaba dispuesta a claudicar.

Durante años, Branon esperó la llegada de aquel bebé. Quizá, en alguno de sus esporádicos encuentros sin pasión y a oscuras, el milagro se obrase, hasta que Adele se hizo unas pruebas médicas y éstas revelaron que, tras los abortos sufridos años atrás, no podía tener descendencia.

El día que se enteró de la noticia fue uno de los más felices para Adele. Aquella era su manera de rebelarse contra sus padres, sus suegros y su marido. Por obligación, había tenido que casarse con aquél y no con Steven, y ahora ella no iba a darles eso que tanto querían, un heredero.

La noticia, en cambio, hundió a Branon. Aquello significaba que, además de tener el corazón vacío, nunca podría legar a su descendiente aquello por lo que se dejaba la piel todos los días, como antes habían hecho sus antepasados.

Abrumado por el anhelo de tener un hijo, habló con Adele sobre la adopción. ¿Por qué no? Había niños en el mundo que necesitaban padres, como él necesitaba un hijo.

Pero ella se negó. No quería niños en su vida, y menos que nadie supiera que no podía tener descendencia. Ante los ojos de todo el mundo, Branon y Adele se mostraban como un matrimonio más o menos compenetrado. Se rodeaban de gente adinerada, poderosa e influyente, haciéndoles creer que ambos eran un equipo sólido. Pero nada más lejos de la realidad.

En uno de los viajes de Branon a la sucursal del bufete que tenían en Chicago, se enteró de que Desirée López, la espectacular prostituta con la que solía verse cuando viajaba, estaba embarazada, y las pruebas que ella le presentó le hicieron saber que él era el padre.

En un principio Branon se sorprendió, pero de pronto pensó que aquel embarazo podía ser su solución. Habló con Desirée y le propuso un trato que la prostituta aceptó sin dudarle. Después trazó un plan sin importarle lo que podría pensar su mujer y, con frialdad y determinación, preparó su ataque.

Si su mujer no quería hacerlo padre, él ya había encontrado la manera de serlo.

Consciente del amor de Adele por la botella, la cocaína y Steven, que se había casado con prisas con la hija de un poderoso magnate del petróleo de Texas, recabó toda la información que pudo sobre aquéllos, y en su búsqueda se encontró con algo que no esperaba.

Además de estar con Adele y su mujer, Winona, Steven asistía a ciertas fiestas privadas donde el sexo, el descontrol y la lujuria eran el ingrediente principal, sin importar si eras hombre o mujer. Por eso, y comprendiendo la importancia de aquello, recabó información a través de su investigador privado, Will Somerville.

El embarazo de Desirée siguió adelante, y una tarde de junio Branon le puso las cartas sobre la mesa a Adele acerca del bebé. Como era de esperar, la mujer puso el grito en el cielo.

¡¿Hijos?!

¿El vástago de una prostituta y su marido?

Aquello era un enorme despropósito, y más cuando Branon le indicó que harían creer a todo el mundo que ese bebé era hijo suyo.

Adele se negó. Nunca lo aceptaría.

Pero entonces Branon contraatacó y le enseñó todo lo que había averiguado sobre Steven, asegurándole que o aceptaba a ese niño, o esa información correría como la pólvora y él se encargaría de que Steven creyera que todo lo había filtrado ella.

Adele maldijo. Amaba locamente a Steven Whitaker e, hiciera lo que hiciese, se lo perdonaba. Lo necesitaba.

Días después, Branon preparó un contrato privado en el que su mujer aceptaba la adopción de un hijo como si fuera suyo propio, daba igual que fuera niño o niña. A cambio, él le entregaría todo el material que había recabado de Steven.

Furiosa y enfadada por ello, Adele exigió añadir una cláusula a ese contrato: Branon nunca le impondría otro hijo; si lo hacía, ella se quedaría con toda su fortuna, incluido el hijo adoptado. Y lo mismo pasaría si la noticia de Steven o de la adopción salían a la luz.

Sin dudar, Branon aceptó. Él nunca diría nada, y con un hijo le bastaba para ser feliz. Jamás dejaría a ese bebé en las malas manos de Adele. Nunca.

Una vez que ambos firmaron aquel documento privado que los marcaría para el resto de sus vidas, Branon le entregó todo el material que tenía sobre Steven. Inmediatamente, trasladaron su residencia de Nueva York a Atlanta. Debían alejarse de todos aquellos a quienes conocían para que a su vuelta aceptaran el engaño del bebé.

En Atlanta, Adele vivió recluida en una casa durante meses. Debían hacer creíble su embarazo. Y Branon, angustiado, mataba las horas escribiendo en su cuaderno:

En ocasiones, la soledad puede conmigo, pero mi corazón se desboca cuando recuerda que ese sentimiento se acabará en el momento en que mi bebé esté junto a mí. Él, o ella, me hará olvidar todo el dolor y el sufrimiento que Adele y Steven Whitaker me

han ocasionado. Sólo espero que mi bebé sea feliz conmigo, tan feliz como sé que voy a ser yo con él.

En aquel cuaderno volcaba sus emociones, sus miedos, sus sentimientos. Iba a ser padre y, aunque la felicidad lo inundaba, la incertidumbre por cómo Adele se comportaría con su hijo lo angustiaba.

Pero, por suerte, el tiempo de espera había acabado.

¡Había sido padre!

La alegría lo inundó. Su bebé o, mejor dicho, sus bebés ya estaban en el mundo, y de pronto se sintió feliz. ¡Tremendamente feliz!

¡Qué precioso regalo de Navidad!

Loco de alegría, tras tocarse el pelo, Branon pensó en el modo de convencer a Adele.

Dos niñas... ¡Dos!

Pensó. Buscó una solución y, cuando la encontró, salió del despacho y, bajando la escalera de su bonita mansión en Atlanta, caminó hacia el ala norte, que era de uso exclusivo de su mujer.

Sin dudarle, entró en el cuco salón decorado en tonos beige y exclamó:

—Adele, ¡somos padres!

La mujer, que, copa en mano, miraba sentada por la ventana, levantó la cabeza al oírlo y murmuró con gesto hosco:

—¡Qué ilusión!

Sin abandonar la sonrisa, Branon se sentó frente a ella y, apelando a su compasión y a lo que había planeado, dijo:

—Han sido dos niñas, ¡dos! ¡Qué te parece?

Adele parpadeó.

Aquella noticia no la hacía feliz y, dispuesta a jorobar a su marido como él la había jorobado a ella, se apresuró a recordarle:

—El contrato dice un bebé. ¡Uno!

Branon asintió. Ella tenía razón, pero insistió:

—Lo sé. Pero han sido dos. Dos preciosas niñas, y...

—Sólo aceptaré una.

Aquellas palabras, dichas con aquella dureza, a Branon no le gustaron, y murmuró:

—Adele..., son dos niñas. Mis hijas. Es Navidad.

Pero la mujer, sin un ápice de piedad, y furiosa por los acontecimientos de los últimos meses, indicó:

—Me da igual que sean tus hijas, Navidad o el 4 de julio. Sólo firmé por un bebé, y si me obligas a aceptar a alguno más, ya sabes las consecuencias.

Branon suspiró.

Perder su fortuna no le importaba, pero sí, en cambio, perder a su hija; intentando buscar la mejor solución, murmuró:

—Sé tan bien como tú lo que pone en el contrato. Pero, si aceptas a las dos niñas, prometo buscar una solución satisfactoria desde el punto de vista monetario para ti y concederte el divorcio. Estoy casi convencido de que podremos encontrar algún cabo suelto en ese contrato que firmamos con nuestros padres y...

—No.

—Adele...

—No.

—¡Por favor! —rogó él.

—He dicho que no. Si antes no buscaste ese cabo suelto, ahora ya no me interesa —siseó ella, furiosa por los últimos acontecimientos entre Steven y Winona.

Branon maldijo al oír eso. Se trataba de unos bebés..., ¿acaso esa mujer no tenía corazón? Y, mirándola con gesto regio, siseó:

—Que tu amante se casara y decidiera tener un segundo hijo no es culpa mía.

Furiosa, Adele se levantó y caminó hacia el minibar. Culpaba a Branon por todo, y murmuró:

—Que tu perra haya traído dos bastardas al mundo... tampoco es culpa mía.

—¡No voy a permitir que hables así de mis niñas!

—¿No vas a permitirlo? —se mofó ella.

—No —sentenció Branon.

En silencio, se miraron con dureza. Luego Adele, tras llenarse el vaso de whisky, se sentó. Pensar en su amor, en la boda de aquél, en el bebé que había tenido y el que esperaba la amargaba todos los días.

Imaginar a Steven y a Winona juntos le revolvía las entrañas. Esa sosa pueblerina texana le estaba proporcionando el poder y el dinero que ella, por culpa de sus padres y de Branon, le había negado.

Loca y amargada por aquello, Adele miró a su marido y le reprochó:

—Lo mío con Steven se acabó por tu culpa.

—Sabes que no, Adele. Sabes tan bien como yo que lo vuestro nunca fue real y que él siempre buscó las maneras de...

—¡Cállate!

—¿Acaso no conoces la ambición de Steven?

—¡Que te calles!

—¿Por qué te engañas?

La mujer no quiso escucharlo. En el fondo de su ser sabía que él llevaba razón, pero enfadada, bebida y deseosa de dañarlo en todo lo que pudiera, gruñó:

—Sólo aceptaré una niña. Una maldita niña, que será otra insoportable losa que soportar el resto de mi vida. Firmamos un contrato, y no es culpa mía que ahora se vuelva en tu contra porque hayan sido dos. Tú decides. Por mi parte, no hay más que hablar.

A Branon le rompió el corazón oír eso. Aquel maldito contrato que él mismo había redactado le impedía hacerse cargo de sus dos hijas porque Adele se llevaría a una aunque no la quisiera, sólo por hacerle daño. Así pues, sin querer insistir ante algo que sabía que nunca cambiaría, dijo:

—A primera hora saldremos para Chicago. Será la última vez que tendrás que ponerte la barriga postiza para salir a la calle. Una vez allí, haremos creer que te pusiste de parto y arreglaremos el papeleo hospitalario con Alfred. Dentro de unos cuatro días regresaremos a Nueva York con nuestra hija.

—*Tu* hija.

—*Nuestra* hija —matizó Branon, saliendo del salón enfurecido por la terrible decisión que tenía que tomar.